



Revista Austral de Ciencias Sociales

ISSN: 0717-3202

revistaustral@uach.cl

Universidad Austral de Chile
Chile

Merino Jara, Claudio

Abordaje de la participación en el desarrollo. Análisis crítico del proceso de participación

Revista Austral de Ciencias Sociales, núm. 19, 2010, pp. 53-61

Universidad Austral de Chile

Valdivia, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=45922825003>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Palabras clave: participación, desarrollo, territorio.

Abstract

Participation is a crucial factor in development. Depending on the paradigm, it can be approached with greater or lesser leading role for people who experience a given reality. This concept lies in the exogenous or endogenous development. However, within the same approaches, there exists linearity and also invisibility of the subcultures rooted in the territory, conceiving a reality that "from within" it is homogeneous, questioning - in most cases - only the epistemology of the one that captures the particular situation, harming and invisibilizing the social actor from the global dimension and its role in regional development.

Key words: participación, desarrollo, territorio.

Abordaje de la participación en el desarrollo. Análisis crítico del proceso de participación

Embracing participation in development. Critical analysis of the participation process

CLAUDIO MERINO JARA*

Resumen

La participación constituye un factor crucial en el desarrollo. Según sea el paradigma desde el cual se observe, ésta se puede abordar con mayor o menor énfasis en el protagonismo de las personas que vivencian una realidad dada. Este hecho radica en la concepción exógena o endógena del desarrollo, no obstante, dentro de similares enfoques existe una linealidad e invisibilización de las subculturas arraigadas en el territorio, concibiendo una realidad que desde dentro es homogénea, y cuestionándose, en la mayoría de los casos, sólo la epistemología del que capta la realidad particular. Esto, a su vez, perjudica e invisibiliza al actor social desde la dimensión integral y su rol en el desarrollo territorial.

* Gabriela Mistral 715, Paillaco. E-mail: cmerinojara@gmail.com

Fecha recepción 03-08-2010
Fecha aceptación 20-05-2011

Introducción

El presente artículo pretende analizar cómo los procesos de participación, vinculados al capital social, inciden en el desarrollo de un territorio, teniendo como expectativa realizar un análisis crítico del desarrollo endógeno. Pruebas empíricas avalan que este análisis no reviste de carácter novedoso, existiendo bibliografía importante respecto de la vinculación entre participación y desarrollo. Sin embargo, pese al conocimiento proveniente de distintas disciplinas, aun surgen nodos críticos importantes respecto de la participación ciudadana, hecho que genera fisuras relevantes en el enfoque operativo del desarrollo endógeno. Si bien la discusión de esta temática no es

nueva, llama la atención que teniendo un diagnóstico medianamente claro, no existe aún una metodología efectiva que pueda canalizar esta discusión académica a la práctica de las políticas públicas.

En este sentido, el problema que surge para las ciencias sociales es el siguiente: si existe un diagnóstico medianamente acertado respecto de la incidencia de la participación en el desarrollo, cabe preguntarse ¿cuál es el nodo crítico que impide entonces un mínimo desarrollo que se pueda utilizar como activo para enfrentar grados de avance respecto de lo que las personas de un determinado territorio quieren ser? Para poder tener cercanía a la respuesta de tal interrogante, este artículo se propone desglosar los ejes temáticos que se indican a continuación: participación ciudadana: ¿observada desde lo lúdico o su valor en sí misma?, y participación social en el desarrollo.

La metodología de trabajo está estructurada en modalidad ensayística, y no pretende dogmatizar las conclusiones de este documento. Más bien, se intenta exponer aspectos que puedan contribuir a comprender estos nodos críticos, para lo cual se plantea el desarrollo de los siguientes objetivos:

1.- Analizar el contexto en el cual se da la participación ciudadana en el marco del desarrollo local.

2.- Analizar la coherencia que existe entre la praxis del desarrollo endógeno y participación social en un territorio.

3.- Analizar el rol del actor social en las políticas locales de desarrollo.

Participación ciudadana: ¿observada desde lo lúdico o su valor en sí misma?

El término participación ciudadana no es en absoluto un concepto nuevo, existen varios matices respecto de su definición, y dependen del posicionamiento paradigmático del observador. Por esta razón, la participación ciudadana y los obstáculos que enfrenta la ciudadanía para desarrollarla, no sólo constituyen problemas metodológicos, sino que son por esencia epistemológicos, debido a que la forma en cómo es abordada y entendida institucionalmente la participación, incide directamente en el tratamiento, canalización y operacionalización de ésta en las políticas públicas.

Al operacionalizar las instituciones, el concepto de participación se realiza un disciplinamiento de alcance biopolítico, que además de crear virtualmente los efectos libertarios de la participación, invisibiliza los efectos de la acción tutelada del biopoder. Del mismo modo, se tiende a pensar que la participación opera como proceso estándar, válido para todo tipo de propósito, planteando en una misma categoría la participación para elegir representantes de un directorio y la participación para tomar decisiones respecto del futuro de una política pública; este problema en la praxis no se debe a la inexistencia de participación, sino más bien, a que es difícil encausarla para lograr desarrollo. En este sentido, se puede interpretar la participación plena cuando se elige directorio en una junta de vecinos, o cuando se proclama a un presidente electo, sin embargo, este tipo de participación no

necesariamente genera desarrollo, más bien condiciona escenarios normativos que pueden ayudar a lograr grados de desarrollo, pero no genera integralidad en sí mismo. Así, existen múltiples formas de participación que van desde la elección democrática representativa a la pasividad, omisión que también es una forma de participar; acciones ciudadanas que adoptan valor en la medida que respondemos al cuestionamiento del para qué necesitamos la participación.

Por una parte, el paradigma clásico positivista -aún vigente en la praxis como ícono ideológico del desarrollo- aborda la participación como un requisito para lograr la aprobación de políticas públicas y responder a la imagen de modernización del estado, en otras palabras, constituyendo un pre-requisito cívico para respaldar el acercamiento de las políticas sociales a la ciudadanía, garantizando con ello la sociedad de control. En palabras de Hardt y Negri, esto se logra consolidando "la sociedad (que se desarrolla en el borde último de la modernidad y se extiende a la era postmoderna) en la cual los mecanismos de dominio se vuelven aún más 'democráticos', aún más inmanentes al campo social, y se distribuyen completamente por los cerebros y los cuerpos de los ciudadanos" (2005: 36).

La valoración de la participación como un factor al servicio de la tecnología social impide su abordaje como fenómeno dinámico que en sí mismo genera desarrollo, más bien su abordaje ciego y lineal invisibiliza las bases de toda participación, enajenando al actor social del territorio en el cual se contextualiza la acción. Este problema de matiz epistemológico, y a su vez ontológico,

conlleva a problemas serios a la hora de abordar la realidad en lo concreto, independiente de la metodología matizada con menor o mayor grado de integración de las personas, pues su raíz y la operatoria axiológica conlleva desde sus inicios una instrumentalización de la acción, derivando a problemas serios de aparente cambio y normalidad. En definitiva, éstos se traducen en mayor asistencialismo y abulia representada en dirigentes sociales agotados debido a la precaria representatividad real que tienen en un territorio determinado.

Por otra parte, el paradigma comprensivo (Arnold 1997) aborda la realidad desde un ámbito en el cual la acción es construida socialmente, validando la diversidad de los escenarios culturales y los actores como constructores de su realidad (Berger y Luckmann 1972), por ende, la interacción de los sujetos es preponderante para lograr grados de involucramiento empáticos en los distintos contextos del territorio en los cuales pueden surgir nodos críticos del desarrollo. De esta manera, se concibe mayor dinamismo del territorio, debido a la riqueza misma del discurso que condiciona escenarios que pueden ser valorados como formas de interacción social y, por tanto, formas de participación.

El problema de este paradigma tiene varias implicancias. Una de ellas se traduce en la forma como se operacionaliza la variable participación, pues ésta va a depender de los múltiples contextos en los cuales surge, problema serio al momento de operacionalizar la participación como factor crucial del desarrollo. "Aun cuando se acepte como elemento indispensable en el

crecimiento integral de una región" (Villar 2006), existe precaria visión sistémica para observar los entornos macrosociales que no tienen incidencia directa en el territorio, pero que inciden silenciosamente en variables culturales.

Pese a estos problemas, los avances del enfoque comprensivo en aspectos metodológicos son innegables debido a que inició la discusión de la valoración del sujeto como ente clave del desarrollo. A mi juicio, no obstante, esta misma valoración en la práctica opera como una idealización hacia los actores sociales, debido a que los sobrevalora respecto de su rol en los procesos de desarrollo; no en el sentido de actor social capaz de modificar su realidad, sino en el sentido de pensar que existe una participación aceptable, observando al ciudadano con alto grado de empoderamiento, con conocimiento aceptable para tomar decisiones importantes en el destino de un territorio. Dicho de otro modo, como individuo capaz de concebir la estructura social eminentemente participativa, con un discurso consensuado de lo que quiere respecto de su realidad social y económica. Esta situación invisibiliza en la práctica los verdaderos procesos socio-históricos que han condicionado al actor social a una forma de participación que no necesariamente está relacionada de modo directo al desarrollo social.

Frente a este escenario, la complicación que enfrentan las ciencias sociales es realmente un problema de fondo que se origina con el mismo objeto de estudio, debido a que sufre un proceso de doble interpretación o, en palabras de Anthony

Giddens (1997, 1998) doble hermenéutica, carácter no necesariamente vinculado a una dualidad, sino más bien a la comunidad de observadores que capta el fenómeno de la participación social. Así, la comunidad de científicos que percibe dicho fenómeno de la participación tiene una lectura que puede ser relativamente consensuada entre los observadores adiestrados, sin embargo, ese mismo fenómeno es observado por la comunidad lego desde otra óptica, no necesariamente similar a la de los científicos, existiendo una doble interpretación respecto de un mismo ámbito de acción.

Este fenómeno no solamente es interesante por las posibilidades de lecturas que ofrece para cada ámbito de la comunidad, sino además porque existen diferencias importantes respecto del concepto al interior de una comunidad dada. En otras palabras, el problema respecto de cómo se aborda la participación social no solamente es una discusión científica, valórica y política, sino también es un problema de cómo los dirigentes sociales canalizan la participación para favorecer el desarrollo.

En tal sentido, la herencia paradigmática clásica ha influido tanto en el enfoque comprensivo como explicativo, pues ambos sobrevaloran el modelo cartesiano derivado del racionalismo (Barriga y Henríquez 2008). Dicho modelo reduccionista conlleva un problema epistemológico que implica cómo se reconstruye el territorio y la representación simbólica (Duch y Mélich 2005) de los actores que contiene, es decir, está ligado al abordaje con el cual se observan los fenómenos sociales y los contextos en los

cuales esta observación ocurre. Lo anterior se debe a que se insita una observación que está fuera de la realidad, independiente si ésta es cualificada o cuantificada, perdiendo con ello la capacidad de abordar la totalidad como un sistema de sistemas (Arnold 1997).

Esta forma de abordar la realidad fragmentada, no constituye simplemente una crítica idealista, pues se está consciente de lo complejo que es captar la realidad social y más aún los procesos de acción, incluyendo la participación social. Sin embargo, las múltiples lecturas respecto de la participación que no sólo afecta a la comunidad de observadores, sino también a los actores sociales, genera un problema dialógico que tácitamente invisibiliza y enajena los procesos en los cuales se recrean las estructuras sociales, debido a que se da por entendido como fenómeno objetivizado el significado y concepto de la participación social, su utilidad y los fines a los cuales propende, sin mayor reparo o cuestionamiento de la dinámica interna de cada organización, sociedad y territorio.

En el sentido contrario, se observa el desarrollo como el anhelo deseado y planificado de una comunidad que quiere influir en espacios territoriales, buscando entonces un cambio planificado en aspectos sociales y económicos que incida sustentablemente en el desarrollo de las personas de una región. En esta dirección, la participación es preponderante para argumentar cuál es la realidad actual y qué escenario es el deseado, teniendo en consideración los recursos para lograr tal propósito. No obstante, este argumento teórico ideal supone un escenario óptimo

de empoderamiento social, que invisibiliza varias variables socioeconómicas de fondo, como son las asimetrías de información y libre competencia, en otras palabras, que el mercado no tenga fisuras.

Por esta razón, nuestra interpretación de la participación va a depender del marco teórico que delimita nuestro accionar, que puede constituir una debilidad en la medida que se valida lo participativo desde lo meramente lúdico, y no desde el trasfondo que este proceso implica en sí mismo. Dicho de otro modo, es necesario tener una visión sistémica lo más interconectada posible del lenguaje, con parámetros objetivos de mutuo entendimiento que, contextualizados dentro de una historia o ambiente en común, constituyan espacios de interacción entre sistemas que son socialmente construidos. Habermas (1998), en esta línea, plantea que el lenguaje sucede en espacios intersubjetivos, en los cuales se articulan realidades dependientes de los sistemas de sistemas (personas), y que son interconectados a través de procesos de encuadre que pueden ser validados o refutados por los alter sistemas, según las construcciones sociales que un territorio determinado contiene. Asimismo, este autor sostiene que la estructura dialógica del lenguaje, como fundamento del conocimiento y de la acción, y por tanto, también de la participación, extrae el concepto de acción comunicativa donde la racionalidad está dada por la capacidad de entendimiento entre sujetos capaces de lenguaje y acción mediante actos de habla cuyo trasfondo es denominado mundo de la vida.

Por lo tanto el fenómeno de la participación es, en sí mismo, la interacción en el lenguaje, como plantea Schutz y Luckmann (1977). En otras palabras, se trata del proceso de envejecer juntos, es decir, la participación no se fortifica desde lo etéreo, sino desde el fortalecimiento de la red social, la confianza y validación real de las personas, fomentando espacios de diálogo que avancen más allá de la instrumentalización que la institucionalidad, a través del reforzamiento lúdico, ha realizado en la comunidad:

El cambio más importante tiene lugar, pues, en el seno de la humanidad, puesto que con el fin de la modernidad también termina la esperanza de encontrar algo que pueda identificar el sí mismo fuera de la comunidad, fuera de la cooperación y fuera de las relaciones críticas y contradictorias que cada persona encuentra en un no lugar, es decir, en el mundo y en las multitudes (Hardt y Negri 2005: 405)

Participación social en el desarrollo

Al validar el lenguaje no sólo como una expresión de nuestras emociones, sino como un medio que constituye el mundo social, éste es aceptado por otros sujetos que comparten la misma cultura y territorio, asumiendo las construcciones sociales como fundamentos de una acción racional. Lo anterior se explica en la medida en que las personas, a través de un proceso dialéctico, fundamentan su verdad en actos de co-presencia, por lo cual el receptor interpreta estos argumentos dentro de un contexto histórico social coherente. De tal manera, existe un consenso de mutuo entendimiento en este envejecer juntos,

donde los interactores están en sintonía respecto de los fenómenos que enmarcan su mundo social. Se devela, entonces, la participación como una extensión más del sistema que emerge de la interacción, teniendo propiedades en sí misma distintas a la suma de las partes, y que en virtud de esto generan desarrollo; la interacción validada desde el ser integral entre pares, donde el aprendizaje y la reflexión respecto del entorno surge es, justamente, el insumo necesario para encuadrar la participación en el desarrollo endógeno.

El problema es que esta interacción no resulta fácil de condicionar, debido a la precariedad que existe en las relaciones sociales. Esto es así por cuanto en un mundo subjetivo los modos explicativos no trascienden del plano personal, entablándose recíprocamente pretensiones de validez que pueden ser aceptadas o ponerse en tela de juicio. En tal caso, existe una negación ontológica del otro, dado que se opera dentro de planos contextualizadores diferentes (territorios sistémicos distintos), por lo tanto, no existe un marco de relación en el cual se valide comprensivamente la relación entre sistemas de sistemas.

La articulación a través del lenguaje de los sistemas (personas y territorio) condiciona las necesidades socioculturales delimitadas por el mundo de la vida. Como plantea Boisier (2001) el desarrollo es entendido como el logro de un contexto o medio que facilite la potenciación del ser humano para auto-transformarse en persona humana en su doble dimensión: biológica y espiritual, siendo capaz, en esta última condición, de conocer y amar. Esto significa reubicar el concepto

de desarrollo en un marco constructivista, subjetivo e intersubjetivo, valorativo o axiológico, y por cierto, endógeno. Lo anterior supone un escenario directamente dependiente de la auto-confianza colectiva en la capacidad para inventar recursos, movilizar los ya existentes y actuar en forma cooperativa y solidaria desde el propio territorio, generando una proalimentación de compensación (Boisier 2001).

Esta valoración del ser humano en su dimensionalidad biológica y espiritual condiciona un tipo de participación que va más allá de lo meramente instrumental, debido a que desplaza la necesidad individual y subjetiva¹, a una valoración del sujeto como ente capaz de acción y diagnosis, o sea, como un observador igualmente adiestrado para analizar la realidad, lo cual implica considerar a las personas como integrantes clave para que este desarrollo sea factible.

Una visión más completa de ciudadanía reconoce a las personas como usuarios y a la vez como accionistas (co-gestores) de los servicios públicos. Bajo esta mirada adquiere especial relevancia la participación ciudadana en los distintos aspectos de la gestión, determinación de prioridades, en la evaluación de la eficiencia de los procesos y en la fiscalización y el control de las políticas o programas públicos (Calderón y Orellana 2003: 7). Si así quisiera llamarse esta nueva revaloración, implica ver al

sujeto en su dimensión real, no desde una perspectiva sobre idealizada de la pro actividad social, tampoco teniendo una visión meramente cuantificada de los escenarios territoriales, pues dicha revaloración implica, en el fondo, voluntad política que permita ceder espacios de poder en los cuales los especialistas, tanto técnicos como dirigentes locales, puedan compartir un escenario sociotemporal de interacción que valide mutuamente, a nivel ontológico, el rol que a cada sujeto le corresponde en el desarrollo, ya sea que esto se haga desde la institucionalidad, o desde la dirigencia social en que se pone en juego el poder normativo para guiar el desarrollo territorial.

Al compartir un espacio determinado se valida una construcción social en base a la interacción copresente en un mundo de la vida como factor principal para contextualizar la acción social. Es decir, el abordaje axiológico está enmarcado dentro de una mirada que evita los reduccionismos del sujeto y del territorio como sistemas, evitando la alienación, enajenación de su realidad con la finalidad de comprender la acción en base a la propia territorialidad.

Conclusiones

La fragmentación de la realidad humana, expresada tanto en el individualismo que radica en la propia comunidad, como en la institucionalidad en la cual está enmarcado el proceso de participación y desarrollo, ha derivado, sin cuestionamiento alguno, en la fragmentación del ser social. Lo anterior radica en que se trata de un proceso que ha sido validado desde la ciencia social en sí

¹ En el sentido amplio del término, esto sucede debido a que la institucionalidad puede operar participativamente para satisfacer sus necesidades a partir de sus propios códigos, ya sea invisibilizando y negando la otredad como un alter ontológicamente válido, o bien puede operar en el plano individualista en un grupo o comunidad dada.

misma, mediante el discurso colectivo como tecnología social. De esta forma, se ha empleado dicho discurso para apropiarse y negar al sujeto social a través de la explicación/comprendión de su acción y participación, trayendo como consecuencia la invisibilización tácita del sujeto al sobredimensionar su rol en el desarrollo. Esto, no en su condición de constructor de la realidad, sino desde su capacidad de encuadrar la participación dentro de códigos lingüísticos que escapan a un mundo de la vida, y que más bien corresponden a un discurso institucional del cómo operar y adecuar procesos de planificación macro con una mirada y perspectiva local.

En este sentido, no resulta paradojal que el componente participativo y ciudadano se haya convertido en una especie de juego lúdico, en el cual las personas son agentes pasivos que no tienen una toma de decisión política real, pues su participación es delegada a elegir opciones planteadas desde un nivel central con perspectiva local, derivando un pseudo-desarrollo endógeno. Dicho desarrollo se vincula, más bien, a una aplicación de las políticas públicas con orientación al componente microsocial, pero que no surge, necesariamente, de la endogeneidad. De esta manera, se desvirtúan los indicadores económicos con los cuales se intenta reflejar malamente el bienestar social, deviniendo un reduccionismo de los aspectos sociológicos que invisibilizan los procesos socialmente construidos de las personas que habitan un lugar determinado.

60 Desde otra perspectiva, el desarrollo vinculado a la participación está relacionado con la integralidad transductiva que capta al

sujeto, no desde sus cualidades o parámetros objetivos (dimensión comprensiva o explicativa), sino desde la construcción de un ser sensatamente real, que tiene sabiduría respecto del territorio que habita. Dicha sabiduría puede desvirtuarse si se cosifica al individuo -tanto en la sobrevaloración como en la fragmentación-, de manera tal de relegarlo a una condición de objeto integrador del proceso participativo para establecer los polos del desarrollo.

En relación a los procesos epistemológicos que surgen al captar el fenómeno socio-cultural que existe en la comunidad, éste no sólo está condicionado por los procesos y métodos que el observador adiestrado tiene que realizar a nivel endógeno o exógeno (etic o emic), pues en el intertanto se invisibiliza o cuesta observar la realidad desde la construcción social del otro -o desde la perspectiva del técnico-, sin considerar que dentro de la misma cultura existen sistemas de sistemas que condicionan una heterogeneidad autopoética. Esto es crucial porque cuando se intenta captar un territorio para abordar el desarrollo, esto se hace desde el conjunto que involucra el espacio cultural que interacciona ahí, no obstante, éste es captado desde lo endógeno, interpretándolo como un contexto homogéneo, sin considerar la doble hermenéutica que existe e interacciona en la estructura social. Lo anterior genera un espacio complejo, no solamente para el que diagnóstica y planifica una realidad, sino también para los dirigentes sociales que vivencian creando y recreando en lo cotidiano su estructura societal.

En definitiva, el actor está vinculado simbióticamente con el territorio y no se

establecerá un verdadero proceso integral si no es abordado desde la complejidad que se merece. Por este motivo, el desarrollo debe fortalecerse en sí mismo, no desde la participación social vista como algo etéreo, sino más bien desde la relación entre personas. Este vínculo por sí solo puede generar participación,

minimizar la vulnerabilidad y favorecer el desarrollo, ya que propicia externalidades positivas en pos de un manejo adecuado de información que permite a las personas tomar decisiones conscientes y concretas, tendientes a co-construir el territorio deseado, tanto para la institucionalidad como para la comunidad.

Bibliografía

- Arnold, M. 1997. "Introducción a las epistemologías sistémico/constructivistas". *Cinta de Moebio* 2. En línea, disponible en: <http://www.moebio.uchile.cl/02/frprinci.htm> (visitado el 01 de mayo de 2008).
- Barriga, O.; Henríquez, G. 2003. "La presentación del Objeto de Estudio". *Cinta de Moebio* 17. En línea, disponible en: <http://www.moebio.uchile.cl/17/barriga.htm> (visitado el 15 de abril de 2008).
- Berger, M.; Luckmann, T. 1972. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Boisier, S. 2001. "Sociedad del conocimiento, conocimiento social y gestión territorial". *Revista de Estudios Sociales* 107: 95-139.
- Calderón, C.; Orellana, R. 2003. *Gobernanza y participación ciudadana en la reforma de salud en Chile*. Santiago: CIEPLAN.
- Duch, Ll.; Mélich, J. C. 2005. *Escenarios de la corporeidad*. Madrid: Trotta.
- Giddens, A. 1998. *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- _____. 1997. *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Hardt, M.; Negri, A. 2005. *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.
- Habermas, J. 1998. *Conciencia moral y acción comunicativa*. Barcelona: Ediciones Península.
- Schutz, A.; Luckmann, T. 1977. *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Villar, A. 2006. *Desarrollo Local: Una revisión crítica del debate*. Buenos Aires: Espacio editorial.

